

26° Domingo Ordinario B/2012

Las lecturas de este domingo nos hablan de la generosidad de Dios y nuestro deber de aceptarla. Nos muestran como Dios da sus dones a los seres humanos sin discriminación y como quiere. Nos invitan también a estar abiertos y alegrarnos sobre los talentos de nuestros semejantes porque contribuyen a la edificación del reino de Dios.

La primera lectura del Libro de Números describe el incidente que pasó cuando Moisés eligió, según la orden de Dios, setenta ancianos como jueces a fin de ayudarle en la conducción del pueblo de Israel. De hecho, Dios tomó del espíritu que reposaba sobre Moisés y lo dio a ellos. Sin embargo, dos de ellos, que estaban en el campamento y no en el santuario, recibieron el espíritu del mismo modo como los demás y comenzaron a profetizar.

Informado de la situación, Josué, el ayudante a Moisés, solicitó que Moisés les prohibiese profetizar. En vez de escucharle, Moisés denunció su actitud e insistió que fuera bien que todo el pueblo de Dios sea profeta y que estuviera lleno de su espíritu.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es generoso y da sus dones a sus creaturas sin discriminación. El texto nos enseña también que los celos y la envidia humana destruyen el trabajo de Dios y el crecimiento de su reino. Por eso, solo la tolerancia y la aceptación de los dones de nuestros semejantes pueden contribuir a la unidad y la coexistencia pacífica

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús invita a sus discípulos a ser tolerantes hacia el hombre que expulsaba a los demonios en su nombre sin ser parte del grupo de los doce.

En primer lugar, el Evangelio dice que cuando Juan relacionó el incidente, Jesús les prohibió impedir que ese hombre hiciera su trabajo. Para Jesús, en efecto, no hay nadie que haga milagros en su nombre y luego hable mal de él. Después, Jesús habló de la recompensa que Dios dará a los que sean generosos con sus discípulos.

Al fin, el Evangelio termina con la advertencia de Jesús hacia los que escandalizan a los pequeños que creen en él. Para Jesús, en efecto, sería mejor que tal persona no hubiese existido. Esta es la razón por la que él insiste en la amputación de los miembros de nuestro cuerpo si son una ocasión de pecado.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la importancia de la tolerancia y la aceptación de los demás. De hecho, cuando Jesús ordenó que sus discípulos no impidan el trabajo del hombre que no era parte de su grupo, el nos enseña la tolerancia.

Este punto es muy crucial para nuestra vida en la sociedad, en la iglesia, y para nuestra relación de unos con otros. Como la experiencia humana nos ha enseñado, existe en cada uno de nosotros un instinto innato a la prudencia y precaución particularmente cuando tratamos con la gente que no conocemos bastante bien. Tal precaución es ciertamente algo normal, si no queremos ser víctimas de nuestra ingenuidad y credulidad.

Pero, si no prestamos bien atención, tal actitud puede conducir a la exclusión, a la discriminación y hasta al rechazo de los otros porque no sólo no pertenecen a nuestro círculo de vida sino porque no son como nosotros o no comparten nuestra visión.

Este es el punto que Jesús enseña en el Evangelio de hoy. El nos enseña que Dios, en su generosidad, puede dar sus dones y gracias a quien él quiera independientemente del grupo al que pertenezcan.

Si es el caso, nosotros tenemos que aceptar a los demás y ser tolerantes hacia ellos, aunque ellos no sean parte de nuestro grupo. ¿Es esto un signo de debilidad o de relativismo? No. Si la gente proclama a Jesús crucificado y resucitado, si no niega su divinidad o enseña herejías, ellos están con nosotros. Esta es la razón que ha conducido la Iglesia a la aceptación del principio del ecumenismo. Esto significa que la verdad de Jesús puede ser hallada hasta cierto punto en las otras denominaciones, aunque la Iglesia Católica tiene la plenitud de la verdad.

El segundo punto que quiero destacar es la importancia de la salvación eterna. Una de las cosas que vemos en este Evangelio es el hecho de que una obra dada a un discípulo de Jesús tiene ciertamente su recompensa. En este sentido, no hay un hecho dado en nombre de Jesús y por su reino que permanece sin recompensa.

Si es cierto entonces, esto significa que donde hay una necesidad humana, es nuestro deber como discípulos de Jesús intervenir y proveer a la presencia de lo que carece. Lo haremos con la conciencia clara de que hacemos el bien y por la recompensa que nos ha sido prometida. Lo hacemos también con la convicción de imitar a Jesús, porque si Jesús fuera confrontado con la misma situación, él no habría permanecido indiferente. Además, lo que Jesús quiere de nosotros no es que hagamos grandes cosas, sino que demos sólo uno vaso de agua al que tiene sed. Un vaso de hecho representa el acto más simple que podemos realizar cada día en nombre de Jesús. Esta es la razón por la que la Iglesia se preocupa de la justicia social como lo certifica la segunda lectura de hoy.

Si hacer el bien a alguien cuando lo necesita nos trae una recompensa, esto significa también que impedir que alguien reciba la salvación eterna nos trae un castigo. Esta es la razón por la que Jesús insiste que si uno de nuestros miembros nos conduce al pecado, deberíamos cortarle.

¿Son estas palabras difíciles de aceptar? El punto de estas palabras es recordarnos que si el pecado es una cosa mala, enseñar a otros a pecar es peor. Por esto, debemos evitar todo lo que puede conducir a nuestros semejantes a pecar. Tenemos que prestar atención a lo que decimos y hacemos de manera que no sea una ocasión para el pecado. Esta es la gracia que debemos pedir en esta celebración. Que Dios los bendiga a todos!

Números 11, 25-29; Santiago 5, 1-6, Marcos 9, 38-43. 47-48



Fecha de la Homilía: el 30 de Septiembre, 2012

© 2012 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20120930homily.pdf